

blea y de los clubs, pueda atender á las reformas que la Constitucion exige, á la restauracion de nuestra religion santa y á la consolidacion del trono y de una bien entendida libertad».

La Asamblea, que habia interrumpido muchas veces la lectura del manifiesto, ya con estrepitosas risas, ya manifestando su indignacion, pasó con desden á la órden del dia y recibió el juramento de fidelidad de los generales empleados en Paris. Várias diputaciones de Paris y de los departamentos inmediatos se presentaron aquel dia en la barra á manifestar á la Asamblea que en adelante sería considerada como el centro de unidad de todos los buenos ciudadanos.

Por la noche se pidió en los clubs de los Franciscanos y de los Jacobinos la destitucion del rey, y en el primero se fijó un cartel en que se decia que cada uno de sus individuos habia jurado dar de puñaladas á los tiranos. Marat publica al mismo tiempo un manifiesto incendiario que hace circular con profusion por todo Paris. «Pueblo,—dice:—ahí tienes la lealtad, el honor y la religion de los reyes. Acuérdate de Enrique III y del duque de Guisa. Enrique comulga al mismo tiempo que su enemigo, y le jura sobre el ara santa una amistad eterna; pero apenas sale del templo, le llama á su gabinete y le hace atravesar por mil puñales. ¡Fiaos en los juramentos de los príncipes! En la mañana de ayer, Luis XVI se reía con los suyos del terror que necesariamente debia inspirar su fuga. La Austriaca ha sobornado á Lafayette, y el rey, disfrazado de sacerdote, se ha escapado con toda su familia. Ahora se está riendo de la tontería de los parisienses, y muy en breve se bañará en vuestra sangre. Ciudadanos, esta evasion estaba preparada hace mucho tiempo por los traidores que abriga en su seno la Asamblea nacional. Vuestra perdicion es cierta, si no atendeis á proporcionaros medios de salvacion. Nombrad un dictador inmediatamente, y recaiga vuestra eleccion en el ciudadano que haya manifestado hasta el dia más celo, más luces y más fidelidad; haced cuanto os diga para exterminar á vuestros enemigos. Este es el momento oportuno de que caigan las cabezas de Bailly, de Lafayette, de los malvados que componen su estado mayor, y de todos los traidores de la Asamblea. Nombrad un tribuno militar, ó estais perdidos sin remedio. Hasta ahora he hecho cuanto puede hacer un hombre por salvaros; pero si no haceis caso del último consejo que os doy, enmudeceré y me separaré de vosotros para siempre. Luis XVI viene á bloquear á Paris á la cabeza de sus satélites, y el *amigo del pueblo* se sepultará en un horno ardiendo; pero su último suspiro será por la patria, por la libertad y por vosotros.»

XX.

Los hombres influyentes del partido constitucional se creyeron obligados á asistir el 22 á la sesion de los Jacobinos, para contener la exaltacion que preveian reinaria allí. Barnave, Sieyes y Lafayette volvieron á comparecer en aquella reunion, y prestaron juramento de fidelidad á la nacion. Camilo Desmoulins refiere esta sesion del modo siguiente: «En tanto que la Asamblea decreta, el pueblo obra. Yo me dirigia á los Jacobinos, cuando me encontré con Lafayette en el malecon de Voltaire. Barnave habia logrado tranquilizar los ánimos, y ya empezaba á oirse alguno que otro grito de ¡Viva Lafayette! Este pasaba revista á los batallones que estaban formados en aquel sitio, y convencido yo de la necesidad de reunirnos to-

dos al lado de un solo jefe, cedo al movimiento que me impulsa hácia el general del caballo blanco. «Señor de Lafayette,—le digo en alta voz,—hace ya un año que estoy hablando muy mal de vos; ésta es la ocasion de probarme que me he equivocado en mi concepto. Probad que soy un calumniador, haced que mi nombre sea execrable y cubridme de infamia, pero salvad la causa pública.» Yo hablaba con mucho calor, y el general, como si yo hubiese sido su mejor amigo, me estrechó afectuosamente la mano. «Siempre os he tenido por un buen ciudadano,—me dijo,—y ya vereis cómo estais engañado con respecto á mí; nuestro comun juramento es vivir libres ó morir. Todo va bien, supuesto que en la Asamblea nacional no hay sino una voluntad, porque el peligro comun ha reunido todos los partidos.» Entónces le dije: «Pero ¿por qué usa vuestra Asamblea en todos sus decretos la palabra *raptó*, siendo así que el mismo rey declara en su manifiesto que se ha escapado por su gusto? ¿No es una bajeza ó quizá una traicion el que la Asamblea use esa palabra, cuando se ve sostenida por tres millones de bayonetas?» «La palabra *raptó* es un vicio de redaccion que la Asamblea enmendará»,—me respondió Lafayette. Y en seguida añadió: «La conducta del rey ha sido infame». Esto lo repitió muchas veces apretándome la mano afectuosamente, y yo me despedí de este hombre, pensando interiormente que quizá el horizonte inmenso que abría á su ambicion la fuga del rey, le haria volver sinceramente á ser partidario del pueblo. Con estas ideas llegué á los Jacobinos, haciéndome fuerza por creer en aquellas demostraciones de patriotismo y de amistad, de las que á pesar de todos mis esfuerzos no pude convencerme completamente».

Cuando Camilo Desmoulins entró en los Jacobinos, Robespierre ocupaba la tribuna. El inmenso crédito que se habia adquirido este jóven orador por su perseverancia é incorruptibilidad, hacia que el pueblo se apiñase á su alrededor cuando hablaba. «No seré yo—decia—el que llame un desastre á lo que está sucediendo. Este es el más bello dia de la revolucion si sabeis apoderaros de él y convertirlo en provecho nuestro. El rey ha elegido para desertar de su puesto el momento en que estamos rodeados de peligros dentro y fuera del reino. La Asamblea está desacreditada, los emigrados se hallan en Coblenza, el emperador y el rey de Suecia en Bruselas; nuestras mieses se hallan ya en sazón para alimentar los ejércitos invasores; pero tres millones de hombres están dispuestos en Francia á salir á su encuentro, y esta liga europea puede vencerse fácilmente. Yo no temo ni á Leopoldo, ni al rey de Suecia; lo que á mí me asusta es lo mismo que parece tranquilizar á todos los demas, á saber: que desde esta mañana todos nuestros enemigos afectan hablar el mismo lenguaje que nosotros. Todos pensamos de un mismo modo en la apariencia, pero esta alegría por la fuga del rey no puede ser sincera en todos, de lo que os convencereis al recordar que el rey tenia cuarenta millones de renta y que disponia de todos los destinos en favor de los que le eran adictos, ó lo que es lo mismo, de nuestros más encarnizados enemigos. Dedúcese de esto que hay traidores entre nosotros, y que estos traidores que han permanecido en Paris, no dejarán de estar en secreta inteligencia con el rey fugitivo. Leed, si no, el manifiesto regio, y el complot aparecerá á vuestra vista, sin que os quede la menor duda de su existencia. El rey, el emperador, el de Suecia, Artois, Condé y todos los fugitivos, capitaneando á una porcion de bribones, van á caer sobre nosotros. Cuando se hallen cerca de nuestros muros, aparecerá un manifiesto pa-

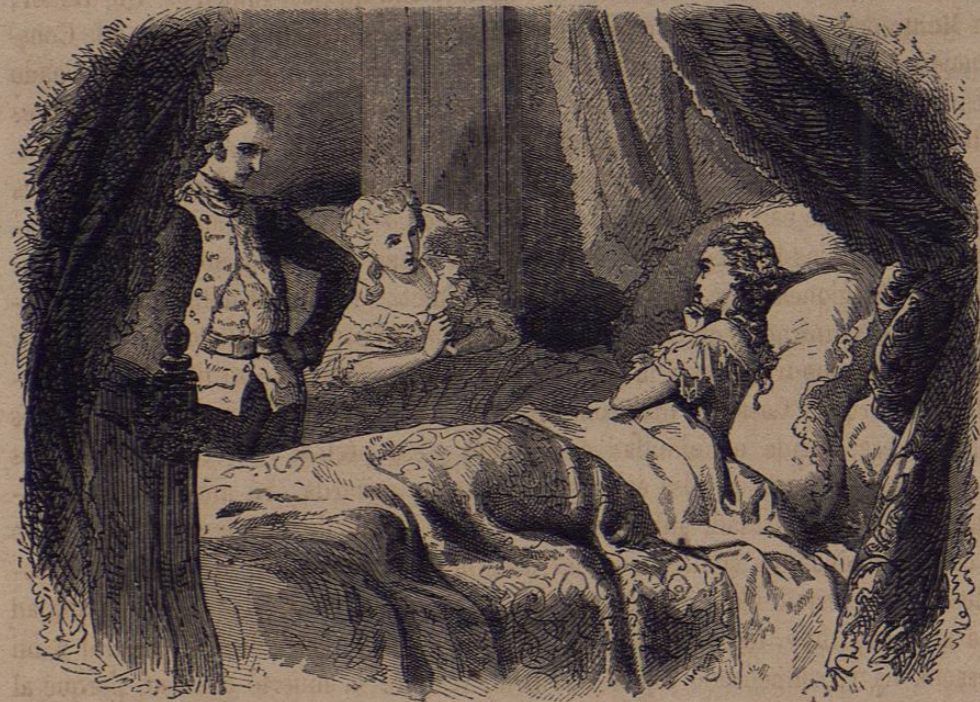
ternal en que Luis XVI nos hablará de su amor, de paz, y hasta de libertad. Al mismo tiempo, los traidores de la capital y de los departamentos os presentarán como los causantes de la guerra civil, habrá una transacción, y la revolución quedará ahogada por los pérfidos abrazos de un despotismo hipócrita y de un moderantismo pusilánime. Ved, si no, lo que está haciendo la Asamblea, que en sus decretos de hoy da el nombre de *raptó* á la fuga del rey. ¿A quién ha confiado la salvación del pueblo? A un ministro de Negocios extranjeros vigilado por una comisión diplomática. ¿Y quién es ese ministro? Un traidor que cien veces os he denunciado como el azote de los soldados patriotas y el sosten de los oficiales aristócratas. ¿Quiénes son los que componen la comisión? Una porción de traidores disfrazados de patriotas. Y el ministro de Negocios extranjeros, ¿quién es? Un traidor, un Montmorin, que hace un mes confesaba el *culto* pérfido que tributaba á la Constitución. Finalmente, ¿quién es Delessart? Otro traidor, á quien Necker ha legado su manto hipócrita para cubrir sus complots. ¿No veis cómo todos estos hombres están de acuerdo con el rey y con esa coalición europea que va á sofocarnos? Dentro de un instante vereis entrar en esta sala á todos esos hombres aborrecibles de 1789. ¿Cómo es posible que os salvéis? Antonio—prosiguió, aludiendo á Lafayette—manda las legiones que van á vengar á César, y Octavio, sobrino de César, manda las legiones de la república. Continuamente se nos está hablando de la necesidad de reunirnos; pero cuando Antonio fué á acampar al lado de Lépido, y cuando todos los traidores á la libertad se reunieron á los que se titulaban sus defensores, Bruto y Casio no tuvieron otro remedio que darse la muerte. ¿A esto nos conduce esa fingida unanimidad de opinión y esa pérfida reconciliación con los verdaderos patriotas! Sí, ésa es la suerte que os aguarda. Sé muy bien que hablando con esta claridad, afilo los puñales que se han de dirigir contra mí; pero si cuando apenas era conocido en la Asamblea nacional entre los primeros apóstoles de la libertad, supe ofrecer mi vida en sacrificio á la verdad, á la humanidad y á la patria, hoy, que una benevolencia universal y una adhesión general á mi persona ha recompensado aquel sacrificio, recibiré la muerte gustoso, porque al ménos me evitará el ser testigo de tantos males. He hecho el proceso de la Asamblea. ¡Ahora, que haga ella el mio!»

XXI

Estas palabras, hábilmente combinadas para introducir el recelo en los corazones, fueron recibidas como el testamento de un mártir de la libertad. Todo el mundo estaba enternecido. «¡Morirémos contigo!»—exclamó Camilo Desmoulins, abriendo los brazos, como si fuese á abrazar á Robespierre, porque este hombre voluble se dejaba arrebatado por todos los vientos. Ochocientas personas se levantaron al mismo tiempo ofreciendo en su actitud, en sus gestos y en su espontánea y unánime inspiración uno de los cuadros más imponentes del poderío de la palabra sobre un pueblo reunido y entusiasta. Después que toda la reunión hubo jurado individualmente defender la vida de Robespierre, anunciaron la llegada de los ministros y de otros miembros de la Asamblea que habían pertenecido al club en 1789, y que á vista del peligro que amenazaba á la patria, iban á fraternizar con los jacobinos.

«Señor presidente,—dijo Danton,—si los traidores osan comparecer ante nos-

otros, me comprometo solemnemente á que caiga mi cabeza en un cadalso, si no pruebo que las suyas deben caer á los piés de la nación que tan infamemente han vendido.» A esta sazón entran los diputados. Danton, al conocer entre ellos á Lafayette, se lanza á la tribuna, y dirigiéndose al general, le dice: «Debo hablar y hablaré cual si estuviese grabando la Historia con un buril para los siglos venideros. ¿Cómo os atreveis á presentaros en medio de los amigos de la Constitución, vos, partidario y signatario de ese sistema de las dos Cámaras, inventado por el sacerdote Sieyes, sistema destructor que ha de acabar con la Constitución y con la libertad? ¿No me habeis dicho vos mismo que el proyecto de Mr. Mounier era muy detestable para poder ser reproducido, pero que se le podría hacer aceptar á la



Tranquilizaos; este hombre es un buen frances...—Pág. 81.

Asamblea otro equivalente? Desmentid si podeis este hecho que os confunde. ¿En qué consiste que el rey usa en su proclama un lenguaje tan parecido al vuestro? ¿Cómo os habeis atrevido á atentar contra los escritos de los defensores del pueblo al mismo tiempo que protegíais con vuestras bayonetas á esos escritores villanos que tratan de destruir la Constitución? ¿Por qué habeis traído prisioneros paseándolos por las calles, cual si quisiérais dáros la importancia de un triunfo de los tiempos de la antigua Roma, á esos pobres vecinos del arrabal de San Antonio que querian demoler la última trinchera de la tiranía en Vincennes? ¿Por qué en la misma noche de aquella expedición protegísteis en las Tullerías á los asesinos que iban armados de puñales para favorecer la fuga del rey? Explicadme, ¿por qué casualidad ha entrado de guardia en las Tullerías el 21 de Junio aquella compañía de granaderos del Oratorio, castigada por vos el 18 de Abril por haberse opuesto á la marcha del rey? No nos hagamos ilusiones: la fuga del rey no es más que el resultado de un complot; preciso es que haya habido inteligencia entre el monarca y los traidores de fuera; y vos, señor de Lafayette, que érais responsable con vuestra

cabeza de la persona del rey, ¿á qué venis á esta reunion, como no sea á oír vuestra sentencia? El pueblo está sediento de venganza, porque está ya cansado de verse alternativamente insultado ó vendido. Deber mio es alzar la voz en su defensa; pero si su débil eco no llegase á pasar de este recinto, quédeme al ménos el consuelo de que la posteridad, al oír nuestros respectivos hechos, juzgue por quién está la razon entre vos y yo».

Nada respondió Mr. de Lafayette á estas terribles reconvenciones, contentándose con decir que habia venido á presentarse en la sociedad de los Jacobinos, porque allí era donde debian acudir todos los buenos ciudadanos en dias de alarma. Dicho esto, se dirigió á la Asamblea. Esta decretó que el general se presentase en la barra al dia siguiente para justificarse. Lafayette dijo que iria, pero no lo verificó. Las mociones de Danton y Robespierre no influyeron nada en el crédito que en la guardia nacional tenia Lafayette. La desfachatez de Danton en aquella noche es inconcebible, porque Lafayette podia haber probado hasta la evidencia la venalidad de aquel orador, que habia recibido cien mil francos de Mr. de Montmorin. Danton no ignoraba que Lafayette estaba enterado de esto; pero tambien sabia que el general no podia acusarle sin perder á Mr. de Montmorin, y sin arriesgar el verse envuelto en esta acusacion, como partícipe en aquel comercio, sostenido con los fondos de la lista civil. Estos dos hombres se temieron mutuamente, y el tribuno y el general se vieron precisados á usar de ciertas reticencias que amortiguaron mucho el combate. Lameth respondió á Danton en sentido conciliador, y las medidas violentas propuestas por Robespierre y por Danton no prevalecieron aquel dia en los Jacobinos. El peligro hizo prudente al pueblo, y su instinto no le permitió dividir sus fuerzas delante de un peligro desconocido.

XXII

La Asamblea nacional redactó y discutió aquella noche una proclama dirigida á los franceses y concebida en estos términos: «Acaba de cometerse un gran crimen. El rey y su familia han sido arrebatados de su palacio en la noche anterior. (*Violentos murmullos interrumpen la lectura al oír otra vez la palabra raptó, pero se estrellan en la actitud prudente y grave de la Asamblea.*) Pero nuestros representantes triunfarán de cuantos obstáculos se les presenten. La Francia quiere ser libre, y lo será. La revolucion no volverá atrás. Desde luégo hemos salvado la ley, resolviendo que nuestros decretos tengan fuerza de tal. Hemos salvado á la nacion, enviando un refuerzo de trescientos mil hombres al ejército. Finalmente, hemos salvado el órden, encargando al celo y patriotismo de los ciudadanos armados el cuidado de sostenerlo. En esta actitud aguardamos á nuestros enemigos... En un escrito que le ha sido dictado al rey por los que le han hecho violencia, se os acusa, se acusa á la Constitucion y se acusa á la ley por la impunidad de los sucesos del 6 de Octubre. La nacion es más justa, y no acusa al rey de los crímenes de sus abuelos. (*Aplausos.*) Y este rey, que el 14 de Julio prestó juramento á la Constitucion, ¿lo habria hecho con la conciencia de un perjuro? Se acusa á algunos mal llamados facciosos de todos los cambios que ha habido en la Constitucion del reino; pero estos facciosos han sido veintiseis millones de hombres. (*Nuevos aplausos.*) Nosotros hemos reconstituido todos los poderes y hemos con-

servado la monarquía, porque creemos que es una institucion útil para la Francia; pero no hemos dudado en reformarla para expurgarla de sus abusos y de sus excesos. Hemos dejado al rey cincuenta millones al año para que pueda atender al esplendor del trono; pero nos hemos reservado el derecho de declarar la guerra, porque no queremos que la sangre del pueblo esté en manos de los ministros. Franceses, todos los poderes se hallan organizados, todo el mundo se halla en su puesto, y la Asamblea vela por vuestra suerte. No temais nada, á no ser á vosotros mismos, si vuestra justa emocion os condujese al desórden. El pueblo que quiere ser libre, debe mantenerse impassible en medio de las crisis más espantosas. Ved á Paris, imitad á la capital, todo sigue aquí su curso ordinario, y los tiranos quedarán burlados. Para imponer el yugo á la Francia es preciso aniquilarla ántes. Si el despotismo se atreve á probarlo, quedará vencido, y si triunfa, sólo triunfará sobre ruinas».

Una explosion unánime de aplausos siguió á esta lectura. Suspendióse la sesion por una hora, y volvió á abrirse á las nueve y media. Entónces se notó una gran agitacion en toda la sala, y las voces de *¡está arrestado!* corrieron por todos los bancos y llegaron hasta las tribunas.

El presidente anuncia que se va á proceder á la lectura de varios documentos que acaba de recibir, y encarga al público que se abstenga de aprobar ni desaprobar. Abre el paquete, y en medio del más profundo silencio lee los oficios de las municipalidades de Varennes y de Saint-Menehould, traídos por Mr. Mangin, cirujano de Varennes. La Asamblea nombra entónces tres comisionados que vayan á proteger al rey en su vuelta á Paris. Estos tres comisionados son Barnave, Petion y Latour-Maubourg, que salen inmediatamente de la sala para ir á desempeñar su comision.

Dejemos por un momento á los habitantes de Paris entregados á las emociones de sorpresa, de alegría ó de ira que han producido en ellos respectivamente la fuga y el arresto del rey.

XXIII

El rey pasó la noche en Varennes, entre la esperanza y el terror. Mientras que los niños dormian, fatigados de un camino tan largo y abrasados por el ardiente sol del estío, sin pensar en su suerte, el rey y la reina, guardados y vigilados por los municipales de Varennes, hablaban en voz baja de su espantosa posicion. Su piadosa hermana madama Isabel estaba rezando á su lado, porque tenia fijos sus pensamientos en el cielo; y si hasta entónces habia vivido en la corte, era extraña á todos sus placeres y no pensaba en otra cosa que en sacrificarse por el bien de su hermano. De los goces del trono sólo le tocaron las lágrimas. Los ilustres cautivos estaban muy léjos de desesperar completamente de su salvacion. Convencidos estaban de que Mr. de Bouillé, á quien sin duda habrian dado parte de lo ocurrido algunos de los oficiales que estaban apostados en el camino, andaria toda la noche por venir á libertarlos. Atribuian su tardanza á la necesidad de reunir fuerzas considerables para poder dar la ley á los muchos guardias nacionales que el toque de rebato habia llevado á Varennes. A cada instante esperaban verle aparecer, y el menor movimiento del pueblo, el más insignificante choque de los fusiles, que estaban en pabellon en la calle, les parecia un anuncio de la llegada del general.

El correo que había enviado á Paris la municipalidad no había salido hasta las tres de la mañana, y necesitaba veinte horas para llegar á Paris y otras tantas para volver. El tiempo que tardase en reunirse la Asamblea para deliberar no podía calcularse prudentemente en ménos de tres ó cuatro horas; así es que Mr. de Bouillé podía disponer de cerca de cuarenta y ocho ántes que pudiesen llegar allí las órdenes de la capital.

Por otra parte, no era fácil saber cuál sería el estado de Paris, ni lo que allí habría pasado al tener conocimiento de la evasión del rey. Quizá el arrepentimiento y el terror se habrían apoderado del pueblo; quizá la anarquía hubiese derribado los débiles diques que podía oponerle una Asamblea anárquica en sí misma; tal vez el grito de traición habría respondido al primer toque de rebato, y quizá Lafayette habría sido asesinado como un traidor, y la guardia nacional disuelta. Tampoco era imposible que los buenos ciudadanos, validos de esta consternación súbita de los facciosos, hubiesen logrado dominarlos. Tal vez no habría quien diese órdenes ni quien las ejecutase, y la nación, desarmada y temblorosa, vendría voluntariamente á postrarse á los piés del rey é impetrar su perdón. Estas eran las quimeras que como último consuelo ocupaban la imaginación de aquellos ilustres desgraciados en aquella noche fatal en que, amontonados en un cuarto pequeño, apenas podían respirar de calor.

Al rey se le había permitido hablar con varios oficiales de los destacamentos, y Mr. de Goguelat, Mr. de Choiseul y Mr. de Damas habían penetrado hasta su habitación. El síndico procurador y los demás individuos de la municipalidad de Varennes tenían mil consideraciones con el rey, á quien compadecían de corazón en medio de la violencia que con él estaban ejerciendo, y que creían no ser otra cosa que el cumplimiento de un deber sagrado. El pueblo no pasa de repente del respeto al ultraje, y en todos los sacrilegios hay un momento de indecisión, en que parece que se trata de rodear del mayor respeto lo mismo que muy en breve va á profanarse.

La municipalidad de Varennes y Mr. Sausse creían salvar la nación con lo que hacían, pero estaban muy léjos de querer ofender á su ilustre cautivo; así es que le respetaban como á su soberano, pero tomando con él todas las precauciones que exige la seguridad de un preso. Todo esto no se le había escapado al rey, que se prometía que á las primeras intimaciones de Mr. de Bouillé, el respeto prevalecería sobre el patriotismo, lo cual haría que fuese puesto en libertad inmediatamente. Así se lo había manifestado el rey á sus oficiales.

Uno de ellos, llamado Mr. de Deslons, jefe del escuadrón de húsares destacado en Dun, había tenido conocimiento del arresto de S. M. á las tres de la mañana por el comandante del destacamento de Varennes, que había logrado escaparse de aquel punto. Inmediatamente, y sin aguardar las órdenes del general, que por otra parte no podía dudar cuáles habrían sido, hizo montar inmediatamente á sus húsares y partió á galope á Varennes para llevarse al rey á viva fuerza. Al llegar á las puertas del pueblo, las halló cerradas y defendidas por grandes masas de guardias nacionales. No permitieron éstos que los húsares entrasen en el pueblo; pero su comandante echó pié á tierra y pidió que se le condujese á la presencia del rey, en lo cual no hubo dificultad. Su objeto era, en primer lugar, informar á S. M. de que Mr. de Bouillé sabía todo lo acaecido, y venía á libertarle á la cabeza del regi-



El rey recibe á los comisionados de la Asamblea.—Pág. 87.

miento Real Aleman; además, quería este oficial informarse por sí mismo de si le era ó no posible forzar todos los obstáculos con su escuadrón hasta llegar á apoderarse de la parte alta del pueblo para llevarse al rey. Parecióle imposible penetrar á través de las barricadas con su caballería, y entonces se dirigió á la casa en que estaba el rey, para recibir sus órdenes.

«Decid á Mr. de Bouillé—contestó Luis XVI—que me hallo prisionero, y que por consiguiente, no puedo dar ninguna orden; que temo mucho que él tampoco pueda hacer gran cosa por mí, pero que le exijo que haga cuanto esté de su parte.» Mr. Deslons era de la Alsacia y hablaba perfectamente el alemán, en cuyo idioma dirigió la palabra á la reina para no ser entendido de las personas que les rodeaban. «Hablad en francés, caballero,—contestó la reina;—todo el mundo puede oír lo que tengais que decirme.» Mr. Deslons enmudeció y salió de allí desesperado, pero se quedó cerca de las puertas de Varennes, aguardando las fuerzas superiores mandadas por Mr. de Bouillé.

XXIV

El ayudante de Mr. de Lafayette, Mr. de Romeuf, llegó á Varennes á las siete y media de la mañana, con las órdenes de la Asamblea. La reina, que le conocía particularmente, le hizo las reconvenciones más patéticas por la odiosa comisión